

esfuerzo sobre sus demás escritos. Todas las ocupaciones de la vida del campo se hallan estudiadas y personificadas en su verdadero carácter. Las más curiosas particularidades de las costumbres de los seres inferiores de la creación se hallan expresadas con un solo toque. Vemos á la corneja echar su último vuelo de la tarde hacia el bosque; oímos el monótono zumbido del alado escarabajo. El trenza todas las flores del campo en su delicada guirnalda, y hasta explica los más delicados misterios del arte del jardinero. Todo esto parece hijo de una facultad instintiva. Su poesía, en estas cosas, como en otros grandes puntos esenciales, imita las operaciones de la naturaleza misma. Nosotros no vemos su trabajo. Pero podemos estar seguros, á juzgar por las circunstancias exactas de sus manifestaciones tan accidentales y tan espontáneas, en sus relaciones con toda la naturaleza externa y con la vida del campo, que todo ello se funda en la observación muy temprana y muy cuidadosa ¹.

Hasta existen tradiciones que pintan como cazador furtivo á Shakespeare, que ya por afición á este deporte, ó ya por ganar dinero, solía cazar en los cotos de sir Tomás Lucy. Sin embargo, puede ser, según se deduce de las obras de Shakespeare, que le fuesen familiares todos los deportes de la montaña, y que participase de ellos legalmente ó de otro modo. En su primer poema *Venus y Adonis*, « el primero de su invención » según él dice, describe una caza de liebres con la mayor viveza. En verdad no hay nada superior

1. C. Knight. *Life of Shakespeare*, pág. 134.

á semejante descripción. La afición del poeta al campo persistió durante toda su vida. Cuando hizo fortuna en Londres como director de teatro, volvió á Stratford-on-Avon, para emplear y acabar sus días en medio de las escenas de su juventud, y sus huesos descansan hoy bajo el coro de la iglesia de su pueblo.

Shenstone, Cowley, Cowper, Goldsmith, Burns y Thomson, fueron niños campesinos. ¡Qué exquisitas pinturas de la vida rural, llenas de naturaleza y belleza les debemos! Pero Wordsworth fué, casi más que ninguno de ellos, hijo del campo. Nacido y criado á orillas de un lago en un distrito montañoso, su alma se sintió impresionada desde muy temprano por los objetos que le rodeaban. Perezoso en la escuela, y con predisposiciones para la soledad, lo dejaban vagabundear á su antojo. Pero él hallaba compañía en la naturaleza, que llegó á ser su mejor maestro. Sus poemas son, en su mayor parte, vívidos reflejos de las escenas y de la gente que le rodeaban. Su culto de la naturaleza llegaba á ser una religión. La sonora catarata le exaltaba como una pasión y los bosques eran para él una necesidad. El espíritu de Wordsworth, solitario rey de las rocas de Cumberland, se pasea aún en el distrito en que vivió; y Grasmere, Rydal, Mount y Keswick, han llegado á ser sitios clásicos en los paisajes ingleses. ¡Cuántos lugares han sido consagrados por nuestros poetas campesinos y son principalmente recordados por hallarse relacionados con sus nombres! Así, Shakespeare se ha identificado con Stratford-on-Avon; sir Felipe Sidney con Penshurst; Wáller, Burke y Disraeli, con Beaconsfield; Pope con Twickenham; Cowper con Olney; Shenstone con Leasowes; Thomson con Richmond, donde escribió *Las*

*Estaciones*¹; Burns con Alloway Kirk; Scott con Abbotsford; Wordsworth con Rydal Mount, y Byron con Newstead Abbey.

El campo ha ejercido también gran influencia sobre los hombres nacidos y criados en las ciudades. Aunque Milton nació en Bread Street acariciado por el ruido de las campanas de Santa María de Bow, y fué un prisionero de la ciudad la mayor parte de su vida, no dejó por eso de amar la naturaleza, y pintó sus aspectos y sonidos con brillantes colores. Johnson dice que Milton veía á la naturaleza á través de los anteojos de los libros, pero es mucho más probable que la vió con sus propios ojos. Londres no era en su tiempo lo que es hoy, una provincia cubierta de casas, sino una ciudad de moderada extensión rodeada de verdes campos. Entre los muros de la ciudad y Highgate había una gran extensión de bosques con verdes caminos que se extendían en todas las direcciones. Al lado acá del Strand había verdes campos y parques. En verdad, no hace mucho tiempo que se

1. Elihu Burrit, americano, escribe lo siguiente de Richmond en su obra *Walk from London to Land's End*: «De todos los recuerdos que una ciudad ó localidad adquieren y perpetúan, ninguno hay tan expresivo y lleno de vida como el gran recuerdo de algún hombre á quien el hombre venera ó admira, que haya nacido en su seno ó haya producido alguna obra inmortal, que deje como una semilla perenne en el ánimo de todas las generaciones siguientes. Me encuentro sobre la colina de Richmond y veo allá abajo la ciudad que domina el río. — ¿Quién es usted? — Soy americano, un hombre de Nueva Inglaterra de un centro culto en medio de un pueblo culto. — ¿Cómo ha sabido usted que había un sitio llamado Richmond y ha venido usted á él? — *Las Estaciones*, de Thomson, fueron el primer libro de versos que lei, y lo lei y relei muchas veces cuando era aprendiz y llevaba un mandil de cuero. Lo lei á la luz de la fragua, á la luz de la chimenea, abierto entre el polvo del carbón, y saboreaba lentamente sus bellezas, mientras el hierro estaba ardiendo y saltaban chispas por todos lados. Y Thomson vivió, y pensó, y escribió aquí, y puso á Richmond en sus *Estaciones*.»

podían cazar gallos silvestres en los campos que hoy cubre Regent Street. Además Milton pasó algún tiempo en Cambridge. Estando allí escribió á los veintiún años su gran himno de la *Natividad*; y después que dejó la universidad, fué á casa de su padre en Horton, en Buckinghamshire, donde escribió sus *Arcades*, *Como* y *Lisidas*, así como también probablemente *L'Allegro* é *Il Penseroso*, todos llenos del perfume y de la atmósfera del campo. Hay ciertos pasajes en *L'Allegro* que sólo pueden haber sido escritos por un poeta que hubiese vivido mucho en el campo. Que Milton se deleitaba en sus excursiones campestres, se deduce de su epístola á Deodati, un amigo suyo italiano, escrita en Londres, en la cual dice:

«No siempre he vivido encerrado en el hogar; pero cuando la primavera me llama á vagar, se espacia mi ánimo á la sombra de nuestros altivos olmos que ningún rayo de sol logra atravesar.»

Por otra parte, se puede considerar este asunto desde dos puntos de vista diferentes. Míster Ruskin, por ejemplo, atribuye su admiración por la naturaleza á la circunstancia de haber nacido en Londres. «Me acostumbré, por espacio de dos ó tres años, á no ver otra cosa sino paredes de ladrillo á mi paso.» De aquí la intensa alegría mezclada de respeto que sintió en Cumberland, al admirar los lagos y las montañas. «Aunque pude siempre ser feliz en medio de una vida tranquila, la belleza de las montañas agregaba á aquel cambio de existencia un encanto nuevo que no hubiera podido sentir un joven educado en el campo.»

Una fascinación semejante debió tener lugar en el ánimo de Keats, que, aunque criado por completo en

una ciudad, era una de las naturalezas más entusiastas y uno de los más delicados poetas descriptivos. Hydon, el pintor, que lo conoció muy bien, dice que: « Keats estaba en el campo en su gloria: el zumbido de las abejas ¹, la vista de las flores, el brillo del sol, parecían conmover su naturaleza; entonces centelleaban sus ojos, sus mejillas se coloreaban y temblaban sus labios. Ninguno conoció mejor que Wordsworth, ni mostró de una manera tan poderosa, lo intenso de las impresiones juveniles. Coleridge dice que las escenas de su niñez estaban tan profundamente grabadas en su ánimo que, cuando en un brillante día de verano, cerraba los ojos, corría murmurando por su habitación el río Oter con el suave murmullo de sus ondas, su puentecillo de tablas, con los sauces de su orilla y la colorada arena de su lecho. Keats no presenta ninguna de estas asociaciones de ideas, pero llega á elevarse á ellas mediante la intensa observación y la imaginación poética. Nosotros no esperamos del campo únicamente los productos del genio, sino también huesos y músculos que proporcionen á la nación fuerza y salud. Deseamos tener hombres robustos y fuertes para defender nuestro suelo y nuestros hogares en tiempo de necesidad. ¿Y dónde podemos hallarlos sino en el campo entre los brezales, en las colinas y en las montañas? En el campo es donde encontramos

1. Milton habla de «la obscuridad visible», y Keats, en el siguiente pasaje, habla de los rumores del silencio:

« Todo puede oírse, desde el sauce que se mira pacientemente en la corriente que se desliza sinuosa á sus pies, hasta la tranquila muchacha que no hace el menor movimiento, la brizna de hierba que se agita, el mosquito que zumba, la abeja que se mueve en la campanilla azul y el pajarillo que se desliza ligero entre las hojas secas y las ramillas. »

hombres bien conformados, á propósito para trabajos pesados y dotados de habilidad manual. Todos los intereses, servicios y empresas de la vida civilizada, dependen de semejantes hombres, que lucharon en Crecy, Azincourt y Poitiers; eran campesinos, pero caballeros ingleses. Cuando la poderosa armada española invadió las costas de Inglaterra, en tiempo de la reina Isabel, el ejército de su majestad se componía de señores rurales, colonos y trabajadores del campo, y su flota estaba formada en su mayor parte por barcos costeros mandados por Drake, hijo de un oscuro propietario rural, y según otros, de un trabajador del campo. Cuando en el periodo siguiente de nuestra historia intentó Carlos I una expedición, que de no haber sido contenida nos hubiera podido reducir á un estado peor que el despotismo oriental, halló resistencia en los nobles ingleses del campo seguidos de los colonos y trabajadores. Á la misma clase pertenecían los soldados nervudos y musculosos que ganaron la victoria de Blenheim y humillaron en Waterloo al conquistador de Europa. Las brigadas irlandesas y escocesas obtuvieron igual gloria en las campañas de Inglaterra. Mil seiscientos hombres de la pequeña isla de Skye, azotada de continuo por las tempestades, figuraron en Waterlöö junto á los heroicos regimientos de Irlanda y de Escocia. Pero hoy existen muy pocos de estos hombres. Los robustos reclutas que, vestidos de soldados, lucharon por la nación en la India, en la Península y en los Países Bajos, han desaparecido casi por completo. Unos han emigrado de Irlanda á América ó á las colonias, otros se han refugiado en nuestras ciudades y centros manufactureros. En las montañas de Escocia pueden verse las ruinas de sus viviendas

y restos de techumbres; pero los hombres se han ido para siempre y no volverán. Los primeros señores escoceses necesitaban sus campos para la cría de ganados; luego vieron que les resultaba más beneficioso criar gamos. Muchos ricos se vanaglorian hoy de poseer bosques de caza en Escocia. ¡Qué poco conocen lo mucho que cuesta á la nación el satisfacer este capricho! Un *sportsman* americano posee bosques de caza de un mar á otro, desde el mar del Norte hasta el Océano Atlántico — ¡otro triunfo de la democracia! Lo mismo ocurre en las tierras bajas. El trabajo agrícola es hecho en su mayor parte por máquinas; pero no es esto todo. La mayor parte de nuestra alimentación nos viene ahora de fuera, de Rusia y especialmente del Noroeste de América. Y mientras ellos se protegen á sí mismos contra nuestras manufacturas, nosotros les permitimos introducir en nuestro país las suyas libres de derechos.

La más esencial de las industrias inglesas se halla en vías de arruinarse. Cada año vemos quedar inculta una gran parte de nuestros antes fértiles campos. De aquí la desaparición del colono agrícola y, por consiguiente, la del trabajador del campo. Únicamente quedan en él los incapaces. Las casas de campo en aldeas y pueblos caen al suelo para no servir más de abrigo y disminuir así el impuesto de los pobres. Si estallase una guerra — toda Europa se halla hoy armada hasta los dientes — tendríamos que combatir por nuestro mantenimiento en el mar, pero nadie puede decir de dónde sacaríamos soldados y marineros.

No podemos encontrarlos en las provincias de Escocia, cuyos valles están despoblados. No podemos encontrarlos en Irlanda porque, aunque quisiesen ó no

combatir, la población de la misma ha disminuido de ocho á cinco millones en el espacio de cincuenta años. No podemos hallarlos en los campos de Inglaterra, porque los trabajadores agrícolas están abandonando su profesión para ir á aumentar la población de las ciudades y agravar la escasez de los empleos. Nos vemos, pues, reducidos á recurrir á nuestras ciudades; pero ¿qué encontramos en ellas? Hombres capaces de manejar máquinas, y hasta de hilar y tejer; hombres más notables por la actividad mental que por el vigor del cuerpo; hombres capaces de soportar sus ocho ó diez horas de trabajo en una atmósfera caliente, pero completamente incapaces de ocupar el puesto de los vigorosos montañeses ó robustos campesinos ingleses en la obra de defender á la nación y hasta de luchar por el pan procedente del extranjero. Los hombres de la ciudad pueden ser muy intelectuales y tan susceptibles de adquirir conocimientos, como lo son las esponjas de empapar el agua, pero no son hombres para llevar á cabo trabajos difíciles y pesados en la vida al aire libre.

El doctor Beddoe, un perfecto hombre de ciencia, hizo una investigación especial acerca de la estatura y de la corpulencia de los hombres en las Islas Británicas hace algunos años. En su informe insiste en la necesidad de mantener la raza inglesa en el más alto grado de fuerza y de energía físicas. « Nervios y músculos, dice, pueden no ser tenidos en gran estima entre los pueblos cultos; pero desde que Inglaterra es nación, su posición entre todas las demás ha sido debida en gran parte á hallarse dotados sus individuos, generalmente, de gran fuerza y energía físicas; y el día en que, como nación, nos sobrepujen otros en este res-

pecto, tendremos que sufrir, no sólo en nuestra posición militar, sino también en nuestro comercio y en nuestra ciencia. »

El doctor Beddoe dice que puede considerarse como una prueba de que la estatura del hombre ha empezado á degenerar en estas islas, el hecho importante de su transformación de agricultores en manufactureros; y afirma que semejante degeneración es hereditaria y progresiva. Es progresiva, porque las poblaciones manufactureras, á causa de sus grandes salarios, beben más y fuman más, al paso que sus descendientes heredan con frecuencia tendencias tuberculosas y sifilíticas, que causan á la larga degeneración. « Si examinamos, dice el doctor Beddoe, una sola raza, á la vez, hallamos que siempre que la raza alcanza su máximo de desarrollo físico, llega al mayor grado de energía y vigor moral. Así, el habitante de Oude ó de Penjab, es tan superior al endeble Bengali en valor y en energía como en fuerza física. Y viniendo ahora á nuestro propio país, he demostrado que la Escocia, en general, el Northumberland, el Cumberland, regiones del Yorkshire y del Cornouailles, son las comarcas de la Gran Bretaña que producen hombres más robustos y buenos mozos. Creo que conviene también hacer notar que ellos producen más de lo que corresponde á su parte de habilidad y energía en beneficio de la nación ¹. »

1. Beddoe. *On the stature and bulk of Man in the British isles*, págs. 179 á 185. Véanse también los informes del doctor Beddoe acerca del mismo asunto, leídos en la Sociedad de ciencias sociales en 1867 y 1871. El doctor Morgán, de Manchester, ha publicado igualmente un folleto sobre *The Degeneracy of Race as exhibited in Town and Country population*.

Si las grandes ciudades pueden ser centro de grandes empresas, no pueden serlo de salud y energía. En verdad, las ciudades y centros manufactureros pueden ser considerados como el sepulcro del vigor físico de nuestra raza. El difunto lord Shaftésbury, er uno de los *meetings* de la Asociación de jóvenes cristianos, decía que « el éxodo que se realiza en nuestros días hacia las ciudades es tal, que éstas acabarán por chupar la sangre vital y la fuerza de los campos. » El difunto Canon Kinsley acostumbraba deplorar la inmensa proporción de jóvenes de ambos sexos de baja estatura que veía en las calles de las grandes ciudades, generalmente encorvados, poco desarrollados y pálidos. El doctor Ferguson de Bolton, uno de los cirujanos encargados de expedir certificados en el *Factory Act* (inspección del trabajo de las fábricas), ha expresado la opinión, de que la mala condición de la salud en su distrito debía atribuirse en parte á la intemperancia que se agrega como elemento adicional al carácter sedentario de la vida de los trabajadores de las fábricas. También puede atribuirse en gran parte á la costumbre de fumar y de mascar tabaco; sin contar que las madres, en lugar de alimentar á sus hijos con leche, los alimentan con te y café.

Hay, por otra parte, algo más que decir en favor de las ciudades. Los hombres son sociables y simpáticos; desean no sólo el placer, sino también la cultura. Los medios que permiten al hombre sacar beneficio del frecuente trato con sus semejantes son numerosos. La ciencia y la literatura tienen su centro en las ciudades. « El hombre, dice el doctor Guthrie, llega á su más elevada condición en medio de las influencias de las ciudades populosas. Su entendimiento recibe su mayor

pulimento donde el oro y la plata lo pierden, empañados por el penetrante humo y por los impuros vapores de la ciudad. Las más delicadas flores del genio, se han desarrollado en una atmósfera en que las flores naturales muestran tendencias á ajarse y llegan difícilmente á su madurez. Las facultades mentales adquieren su plena robustez, al paso que las mejillas pierden el color sonrosado y los miembros la elasticidad, y brotan los pensamientos bajo las frentes pálidas, y el vigilante nocturno, cuando hace su ronda, ve arder la lámpara del estudioso hasta las altas horas de la noche. »

Es verdad que las estadísticas demuestran que, merced á los progresos de la higiene, se ha aumentado la longevidad de los hombres de la ciudad en gran proporción en los últimos años. La estadística de mortalidad en Londres ha disminuido mucho, sobre todo en proporción con las demás ciudades del continente; y eso á pesar de que los habitantes respiran un aire menos puro, y tragan gran cantidad de humo y niebla. Generalmente hablando, la mortalidad es mayor cuando la gente vive aglomerada en menor espacio. Para valernos del lenguaje del doctor Farr; « Cuanto más cerca vive la gente entre sí, más corta es su vida. » En la época presente está demostrado que hay cien habitantes en el campo por ciento noventa y nueve en las ciudades inglesas. El doctor Johnson, aunque natural de Lichtfield, era muy aficionado á Londres y á la vida de la ciudad. Estaba en sus glorias en Bolt Court. Cuando estaba de mejor humor, solía decir á Boswell: « Venga usted, amigo mío, demos un paseo por Fleet Street. — ¿Por qué, amigo mío? Fleet Street tiene una apariencia muy animada, pero creo que la

verdadera afluencia de seres humanos se halla en Charing Croos. » — « Londres, decía, no es nada para algunos; pero para el que ama los placeres de la inteligencia, su verdadero sitio es Londres. »

En otra ocasión decía: « La ciudad es mi elemento: allí están mis amigos, mis libros y mis diversiones... Cuando sacan á un hombre de Londres, es lo mismo que si le sacaran de la vida; porque se halla en Londres todo lo que la vida puede proporcionar. » Sir Josué Reynolds era tan aficionado á Londres como Johnson, y sostenía siempre que, según Malone, era el único punto de Inglaterra donde se podía encontrar una sociedad agradable. Aunque Reynolds tenía una casa de campo en Richmond, rara vez pasaba en ella la noche, diciendo que el rostro humano era su paisaje, y que no quería sacrificar el tumulto de Londres por ninguno de los paisajes suburbanos. Pero el londinense por excelencia fué Carlos Lamb. Era esencialmente metropolitano por carácter. Había nacido en Londres, y había vivido en él durante su infancia y su edad viril. Amaba á Londres, sus calles, sus sonidos y sus olores. Paseaba con placer entre los viejos puestos de libros y se paraba ante los escaparates. Su vida entera intelectual y social se hallaba arraigada en Londres. No sólo admitía el que le llamaban desocupado¹, sino que se gloriaba de ello. Mientras Walter Scott decía, que si no veía los brezos una vez al año creía morir, Carlos Lamb decía: « Tengo necesidad de contemplar la perspectiva de Fleet Street,

1. La palabra inglesa *cockney* corresponde al francés *badaud*. En castellano tenemos *mirón*, *baudín*, *papamoscas*, *papanatas*, etc.; pero no representan exactamente la misma idea. — (N. del T.)

pues, sino, se apoderan de mí el abatimiento y la languidez. No demos oído á los poetas mentirosos que quieren arrancar á los hombres del animado bullicio de las calles. Yo pondría en ellas mi tabernáculo. » En una ocasión Wordsworth indujo á Lamb á visitarle en su montañosa morada en Westmoreland. Lamb fué, se alegró de la visita, pero no fué completamente feliz hasta que volvió á Londres y á la dulce seguridad de las calles. Escribiendo á Wordsworth á su vuelta, le decía: « Fué un día que pesará sobre mi vida como una montaña. Fleet Street y el Strand son los mejores sitios para vivir, no sólo en cuanto á comodidad, sino en cuanto á todo. Yo no podría vivir en Skiddaw. » Escribiendo á Wordsworth en otra ocasión acerca de su apego á Londres, dice Lamb; « Varias cosas preocupan mi ánimo: la habitación en que nací; la biblioteca que me ha seguido por todas partes como un perro fiel (al que sólo excedo en conocimientos); las sillas viejas, los viejos cuadros, las plazas donde tomaba el sol, y mi antigua escuela. Tales son mis queridas. Ya tengo bastante sin necesidad de vuestras montañas. »

Muy diferente fué la impresión de un señor montañés, de Escocia, durante su visita á Londres. Era el orgullo de su valle nativo, y estaba acostumbrado á la adoración de su *clan*: « ¡Qué pensarán del señor cuando le vean en Londres! » Desgraciadamente, su vista no produjo sensación; el poderoso jefe llamó menos la atención que un cochero ó que el conductor de un coche de cerveza. ¿Qué, respondió á los que le preguntaban al volver á su valle nativo? — « ¡Oh! dijo, Londres se hallaba en la mayor agitación durante mi permanencia. » Lo que impresiona tan poderosa-

mente el ánimo es la grandeza, la impasibilidad y aparente confusión del poderoso Londres. Heine, el poeta alemán, la vió de distinta manera que el jefe escocés. « He visto, dice, la mayor maravilla que el mundo puede mostrar á un espíritu atónito; la he visto, y estoy aún atónito; aún se halla fijo en mi memoria el bosque de piedra de sus edificios, y entre ellos el íncesante ir y venir de rostros humanos animados por todas las pasiones y todos los terribles impulsos de amor, de odio y de hambre. Tal es el Londres que yo me represento. Enviad á Londres á un filósofo, pero no enviéis de ninguna manera á un poeta. Enviad allá á un filósofo, y colocadlo en la esquina de Cheapside, donde aprenderá mucho más que le pueden enseñar todos los libros de la antigua feria de Leipzick. Mientras todas las olas de la vida humana mugen en torno suyo, surge en su interior un mar de nuevos pensamientos, y le envía su inspiración el espíritu que flota sobre la superficie de las aguas, revelándosele de repente los más profundos secretos de la armonía social. Allí oirá latir el pulso del mundo, y casi lo verá palpablemente.

Esta agitación evidente de todas las cosas, esta colossal uniformidad, este movimiento semejante al de una máquina, esta turbación del espíritu, aun en medio del placer mismo, este Londres lleno de exageración, ahoga la imaginación y despierta el corazón. El londinense, nacido y criado en medio de semejantes cuadros, no se da cuenta de ellos. Se ha familiarizado con los mismos durante su vida, y no le causan impresión. Puede llegar á ser más vivo y á tener más penetración que el que ha nacido en el campo, pero su espíritu no recibe un impulso permanente; y aunque

puede ser perfecto en su propio terreno, resulta pequeño fuera de él. Conoce poco de la gente entre quien vive, y menos aún de la gente del campo. De aquí que los principales movimientos, ya políticos, ya sociales, no han tenido su origen en Londres. Generalmente proceden de provincias. El difunto míster Cobden solía decir, durante la agitación de la liga contra la ley de los cereales, que la mayor dificultad fué despertar á Londres. Los londinenses estaban demasiado ocupados con sus negocios particulares para pensar en otras cosas ó para prestar ayuda á las provincias entusiastas. Carlyle, después de su primera visita á Londres, dice de él: « Más que vivir en Londres, le he visitado de tiempo en tiempo. En realidad, no es verdadera vida lo que he visto en él. El pueblo se halla en Londres como las plantas en un invernadero, á las cuales no llegan las tranquilas influencias del cielo y de la tierra en medio de su invariable estado. Parece que vive uno para siempre en una posada, pues el sentimiento del hogar, en la verdadera acepción de la palabra, es desconocido para la generalidad. »

Como otras grandes ciudades, Londres atrae á los ánimos emprendedores y enérgicos de todas las partes de la nación. Es el cuartel general del entendimiento, de la ley, de los negocios y de la especulación. En cada uno de sus departamentos hallamos en primera línea hombres procedentes del campo. Nuestros primeros ministros proceden en su mayor parte de los distritos agrícolas. Hasta el profesor de Craiggenputtock se vió eventualmente atraído á Londres y publicó volúmenes y más volúmenes en su casa de Cheyne Walk ¹. Hom-

1. El British Museum, y después la Biblioteca de Londres, que Car-

bres del campo dirigen los periódicos de Londres, sentencian en los tribunales, escriben libros, dirigen ferrocarriles y están á la cabeza de los grandes negocios de la ciudad. Desde los tiempos de Whittington hasta hoy, han disfrutado una gran parte de los honores y dignidades de la ciudad. Probablemente más hombres procedentes de las provincias han llegado á la dignidad de lord Mayor ¹ que los nacidos en Londres, á pesar de todas las ventajas debidas á la educación, á las relaciones de familia y á las influencias de corporación y de vecindad. Hombres procedentes del campo, que han estado en contacto con el suelo, y se hallan, por decirlo así, recién salidos del seno de la madre tierra, son con frecuencia los más aficionados á Londres y á la vida de la ciudad. Lo aman por sus recursos, por la facilidad con que allí se abre paso el mérito, por su libertad social, y por la constante variedad de su vida activa. Pueden volver al campo de cuando en cuando y visitarle, pero no vivir en él. Los jóvenes tienen sus días de descanso, y disfrutan de ellos entregándose á todos los deportes, y haciendo excursiones por el campo hasta sesenta millas alrededor de la metrópoli. De esta manera aumentan la salud física en un grado que ni aun en el campo se ve sobrepujado.

lyle ayudó á fundar, figuran entre las cosas que más le atraían en Londres. El mismo Luis Blanc no pudo escribir su *Revolución Francesa* sin estudiar los *Affiches* en el Britsch Museum, única biblioteca en que existen completos.

1. Véase Orridge. *Citizens of London, and their rulers.*